

La tradición obrerista del fútbol inglés*

Richard Holt

La pregunta que se hace todo el tiempo en los diarios consagrados al fútbol, al igual que en las emisiones deportivas en la televisión, es saber “en dónde están hoy los grandes jugadores”. Ocurre a menudo que sean los héroes del pasado los interrogados o los que hacen las entrevistas. Luego de la eliminación de Inglaterra de la Eurocopa de Naciones en 1992, la BBC difundió la reacción en caliente de Bobby Charlton. Charlton, habitualmente tan *gentleman* y diplomático, apenas si pudo ocultar su decepción: “Inglaterra tiene que hacerlo mejor, hay que dar la prioridad al equipo nacional y encontrar los grandes jugadores que necesitamos”. Viendo de un gran jugador, cuya conducta fue irreprochable —y que en realidad fue considerado un héroe—, semejante crítica tuvo importantes repercusiones. Del mismo modo, con motivo de la reciente muerte de Bobby Moore, capitán de la selección nacional de 1966, los diarios deploraron la caída de la clase, de la calidad y hasta de la elegancia del juego inglés.

EL FIN DE LOS HÉROES

Estas críticas hacen alusión al comportamiento de los jugadores tanto en la cancha como fuera de ella. Algunos observadores han llegado a relacionar la conducta cada vez más agresiva y desleal de los jugadores en la cancha con una pérdida del sentido de la contención y del control de sí que se puede comprobar, según ellos, entre los miembros de la clase obrera, en especial en los años 1980. La cuestión no es sólo que a Inglaterra le hagan falta fut-

* Traducción del francés de Arturo Vázquez Barrón.

bolistas de calidad, sino que los jugadores actuales ya no tienen la autoridad moral de las generaciones precedentes, ni el carácter de *gentleman* de disciplina irreprochable, que fue un elemento esencial del mito del fútbol inglés (en oposición al fútbol escocés). Las palabras halagadoras y la atención mediática respecto de un Gary Lineker no provienen sólo de su historial sino también de su conducta. Como en el caso de Charlton, y a pesar de constantes provocaciones, el árbitro nunca tuvo que sancionar formalmente a Lineker. Luego de su partida, no quedó en Inglaterra más que Paul Gascoigne, llamado *Gazza*, quien jugaba a las mil maravillas en Italia, pero resulta inconstante como jugador y pueril como persona. *Gazza* es seguramente una estrella pero se parece mucho a un barbaján como para ser un héroe.

Lo único que les quedaba a los ingleses era pensar en la paradoja de un fútbol profesional capaz de generar equipos de campeonatos excepcionales y ternas de equipos internacionales. ¿Por qué ahora que hay más dinero que nunca y tantas glorias por alcanzar en el fútbol, se tiene la impresión de que hay menos talento que en la época de los salarios limitados y los contratos rígidos? Los especialistas del fútbol acusan al campeonato inglés, a la cantidad de juegos, a los métodos de entrenamiento, etc. Pero tal vez no sean esas las verdaderas razones.

La cuestión de la calidad del fútbol profesional inglés se plantea desde la derrota punzante de los ingleses ante los húngaros por 6 a 3, hace ya cuarenta años. De hecho, desde los años cincuenta, época en la que se dignaron bajar a la arena del fútbol mundial, los ingleses pocas veces han conocido el éxito que esperaban tener como fundadores de este deporte. Exceptuando la victoria final en casa de la Copa del Mundo en 1966 y de algunas otras actuaciones, en particular durante las Copas del Mundo de 1970 y 1990, el equipo inglés más bien ha dado pruebas de falta de inspiración, que su espíritu de combate y determinación, bien reconocidos, no hicieron más que subrayar. Si bien el compromiso podría conseguir victorias, la selección nacional de Inglaterra rivaliza con los numerosos éxitos del equipo de Liverpool. Tal vez el equipo de Inglaterra ha permanecido invicto por largo tiempo, pero el debate actual hace a un lado esta serie de victorias logradas en partidos amistosos y clasificatorios, y se concentra en las dificultades para convertir el trabajo de un buen equipo en victorias

cuando llega el momento de las competencias internacionales importantes. Alemania —el mejor equipo internacional de la última generación— representa el modelo mismo al que aspiran los ingleses. Sin embargo, su estilo no se limita a una carrera desenfadada; elaboran un juego de pases cuidadosamente armado que les permite ser dueños del balón y agotar poco a poco a sus adversarios, al mismo tiempo que dan gran libertad a sus jugadores inspirados.

Este tema de debate nacional, al menos para la cultura masculina, no parece reflejar nada más que el sueño postimperial poco realista de una antigua gran potencia, cuyo papel en la escena mundial coincidió con una dominación en el deporte internacional. Alemania es más rica y más poderosa; su éxito en el fútbol tal vez no sea sino el reflejo de tal situación, aunque semejante argumento no se aplique a los holandeses, cuyo éxito en el ámbito internacional, durante estos últimos veinte años, no tiene nada que envidiarle al de los alemanes. La capacidad de los holandeses para producir no sólo jugadores excepcionales, sino también un juego colectivo de los más rápidos y hábiles, parece indicar que a Inglaterra le hacen falta más jugadores que combinen facultades de adaptación y de seguridad cuando están en posesión del balón, así como aptitudes para desestabilizar una defensa fuerte gracias a una movilidad imprevisible. El serio y reservado Alf Ramsay a veces ha logrado un excelente trabajo de equipo, pero son las genialidades de las grandes jugadas individuales, en especial las de Charlton, las que han hecho la diferencia para lograr victorias decisivas.

EL SENTIDO DE EQUIPO

Este enfoque se opone a una vieja idea inglesa sobre la manera en que debería de jugarse el fútbol. Una frase resume bien la sabiduría que tradicionalmente contiene el juego inglés: “El fútbol es un juego de hombres”. Esto significa que los jugadores tienen que ser capaces de dar y recibir golpes violentos. Se entiende la dimensión de esta obligación de ser más duro que el adversario, exigida a los equipos ingleses, al mirar los juegos internacionales de los años treinta, cuando el equipo victorioso de la Copa del Mundo en Italia fue sometido a un juego físico muy duro en la “batalla de Highbury”, en 1934. Durante este partido, el centro delantero inglés, Ted

Drake, embistió en varias ocasiones al portero enemigo. Esta tradición perduró después de la guerra con Nat Lofthouse, un antiguo minero. Lo llamaban el *León de Viena*, porque había corrido el riesgo de una herida grave para anotar un gol decisivo contra Austria. Durante los años cincuenta, se admiraba tanto la fuerza de los centros delanteros y de los mediocampistas como Billy Wright, capitán y plusmarquista de las selecciones en el equipo nacional de la época, como la brillante fineza de juego de Matthews.

Las afinidades entre la cultura obrera y el fútbol en Inglaterra hacen que el compromiso físico haya sido siempre un valor preponderante. La desconfianza respecto de los jugadores extranjeros “inteligentes” y que no “juegan con todo lo que tienen” era fuerte en el fútbol inglés y persiste en cierta medida. Hasta hace muy poco, los ingleses tenían la convicción de que el fútbol es un juego colectivo en el que el equipo que pone más empeño gana. No se daba mucha importancia al papel del jugador individual en la selección nacional. *Dixie Dean*, la estrella del Everton de los años veinte, que anotó sesenta goles en una sola temporada, no estaba muy cotizado entre los ingleses. Incluso Stanley Matthews a veces tuvo dificultades para conservar su lugar; sigue siendo célebre la decisión de dejar en la banca a Jimmy Greaves para la Copa del Mundo de 1966, y la exclusión de Bobby Charlton de la selección durante el importante juego de Copa del Mundo contra Alemania en 1970, etc. Todos estos ejemplos obedecen al principio muy arraigado en la cultura popular inglesa según el cual “ningún hombre vale más que el equipo”.¹

La desconfianza respecto de las individualidades prosiguió hasta los años setenta, e incluso después. Se pueden citar, por ejemplo, las dificultades que encontraron dos grandes jugadores ingleses de los años ochenta, Glenn Hoddle y Chris Waddle, para imponerse en la selección de Inglaterra, mien-

¹ P. Willis muestra la fuerza con la que los alumnos de las escuelas técnicas inglesas establecen una serie de oposiciones binarias que están presentes en todos los niveles de la realidad cotidiana, empezando con el de las prácticas corporales y deportivas, y que son otras tantas maneras de afirmar la dualidad del mundo social entre “ellos” y “nosotros”. La manera en que estos alumnos se valen de la división “barberos-desmadrosos”, que remite a las oposiciones “débiles-fuertes”, “individuo-grupo”, y que, por sí mismas, expresan la división “calificados-no calificados”, o también “cuellos blancos-cuellos azules”, deja entrever la fuerza simbólica con la que el fútbol, habida cuenta de su posición en el sistema de los deportes, es capaz de representar la realidad de su situación y de su destino de clase. Véase P. Willis, “L'école des ouvriers”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm 24, noviembre de 1978, pp. 54-56.

tras que tenían, al mismo tiempo, un enorme éxito en Francia, donde su talento personal era reconocido en su justo valor. En Inglaterra les reprochaban no ser lo suficientemente “matados”. Los dirigentes ingleses habrían querido que Hoddle, el excepcional estilista, jugara como Bryan Robson, un jugador rudo y regular, salido de la cuna tradicional del fútbol profesional, la Tyneside, en la región industrial del noreste. Hoddle se encontró así en el centro del conflicto de los años ochenta entre la prensa ávida de talentos provenientes del continente y las instancias dirigentes, más preocupadas por solidez para calificarse en la Eurocopa y en la Copa del Mundo.

Los críticos de esta actitud prudente quizá le valieron a Gascoigne su lugar en la selección nacional para la Copa del Mundo de 1990. *Gazza* se benefició así de la presión ejercida en Inglaterra para dejar que el talento de los jugadores se expresara con mayor libertad. Gascoigne es un “niño terrible”, pero Waddle, surgido también de la Tyneside y de un medio social idéntico, era mucho más maduro. Era un táctico al que le gustaba hablar de estrategia de juego. Le reprocharon usurpar las prerrogativas del entrenador y olvidar sus modestos orígenes de obrero en una fábrica de embutidos. No se le pedía a un jugador que fuera inteligente, incluso respecto de fútbol, y sobre todo no hacía falta ser crítico en público.²

Si bien no es posible reprochar a los dirigentes del fútbol inglés haber cedido al culto de los héroes, no ocurre lo mismo con la prensa llamada popular, que no dejó de invocarlos. No es un fenómeno propiamente inglés. Al contrario, el tratamiento que los diarios como el *Sun*, el *Mirror* o el *Star* dan a los deportistas es muy particular: se interesan mucho en los puntos de la vida privada, muy poco en el análisis de los resultados, y nada en las condiciones sociales o en los comportamientos capaces de afectar tal o cual deporte. Estos análisis quedan reservados a la televisión. Envueltos en una espiral de declaraciones, contradecimientos y rumores, muchos jugadores se volvieron desconfiados respecto de la prensa que los trata como niños grandes.³

² Pete Davies, *All Played Out: The Full Story of Italia 90*, cap. 15, “Chris Waddle”.

³ Véase S. Wagg, “Playing the Past: The Media and the English Football Team”, en J. Williams y S. Wagg, *British Football and Social Change*, Leicester, Leicester University Press, 1992, pp. 220-238; S. Wagg, *The Football World*, Brighton, Harvester, 1984, es la mejor guía para la historia social reciente del fútbol.

Se podría afirmar que esta pretendida disminución de los jugadores de calidad no hace sino reflejar el declive más general del fútbol. Es cierto que las posibilidades de practicar otros deportes y otros juegos se han ampliado en nuestros días. De cualquier manera, esta interpretación no es adecuada, por el hecho de que el fútbol sigue siendo uno de los deportes más practicados y de que resulta difícil plantear que hay escasez de jugadores. De acuerdo con el Ministerio de Deportes, cerca de 20 por ciento de los hombres entre los 16 y los 24 años contaban con una licencia deportiva⁴ en los años ochenta, es decir un total de 1.6 millones de acreditados. Por más sorprendente que pueda parecer, el fútbol es ahora más popular en el próspero sur que en el norte industrial.⁵ Sean cuales fueren las dificultades del fútbol profesional de alto nivel, es falso decir que provienen de deserciones en la base. No hay escasez de jugadores amateurs. El problema parece provenir más bien de que el número de grandes jugadores potenciales que pasan al nivel profesional es reducido. Porque tampoco son los jóvenes profesionales los que escasean. Al contrario, las perspectivas de ganancias atraen más que nunca a los jóvenes surgidos de los medios obreros, y siguen emergiendo excelentes jugadores, con la ayuda de la Football Association School of Excellence, nacida del reconocimiento tardío de los problemas del fútbol. De hecho, en cada generación es posible esperar que surjan de uno a dos genios, que se abrirán paso sean cuales fueren las medidas tomadas para elevar el nivel de este deporte.

El problema no es tanto permitir a cierto número de jóvenes jugadores con potencial que concilien el deporte con los estudios, sino llevar a todos los jóvenes jugadores a considerar el fútbol como un proyecto de primera importancia. Esto choca, en la actualidad, con la estructura social del fútbol en Inglaterra, porque esta estructura es arcaica y está fundada en la exclusión.

⁴ Documento que se requiere para poder participar en torneos y competencias estatales. (N. del T.)

⁵ Tony Mason, *Sport in Britain: A Social History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 149-150.

UN DEPORTE DE CLASE

Los historiadores y los sociólogos han manifestado interés en estudiar cómo y por qué la burguesía ha excluido a la clase obrera de ciertos deportes. Han tenido menos interés en analizar la manera en que la burguesía, pequeña o grande, se ha excluido a sí misma del nivel alto de lo que se llama el “juego del pueblo”. Fue en 1911, por ejemplo, cuando el último amateur jugó en un partido Inglaterra-Escocia.⁶

El fútbol y la industrialización habían actuado en connivencia. Por eso, el declive general de la industria, que vio pasar a sus asalariados de ocho a cuatro millones durante los últimos treinta años, debilitó la base social tradicional del fútbol, en particular las actividades mineras, que proveyeron una gran cantidad de jugadores. Además, la reaparición del desempleo como problema mayor y el declive de los centros históricos redujeron todavía más el lugar del fútbol como componente de la cultura obrera. La “tradicional” clase obrera está cada vez más dividida en una “subclase” urbana (en la que puede aparecer una subcultura del crimen y la droga) y otra categoría más calificada, propietaria de su casa. Por estas diferentes razones y aunque siga siendo tan popular, el fútbol, como deporte practicado —opuesto al fútbol televisado— ya no está tan en el centro de la vida de estos grupos.

Cuando el aumento de la práctica deportiva según el medio social se relaciona con la incapacidad del fútbol para atraer a jugadores de clases sociales lo suficientemente variadas aparece de manera mucho más patente. Los trabajadores no manuales tienen más posibilidades de practicar un deporte que los trabajadores manuales, tanto como aquellos que han participado en los esfuerzos del Ministerio de Deporte para promover el famoso “deporte para todos”. En la encuesta efectuada en las familias en 1973, 39 por ciento de los estudiantes habían practicado actividades deportivas al aire libre durante las cuatro semanas precedentes. Tal nivel de participación se mantiene en los miembros de mayor edad de las categorías superiores (profesiones

⁶ Tony Mason, *Sport in Britain*, Londres, Faber, 1988 (no es la misma referencia de arriba), p. 42; de manera más general, a propósito de las actitudes referentes al profesionalismo, véase R. Holt, *Sport and the British, a Modern History*, Oxford, Nueva York, Oxford University Press, 1989, pp. 104-109.

liberales y cuadros superiores) con un porcentaje de 37 por ciento, comparado con 19 por ciento de los obreros especializados, 11 por ciento de los obreros calificados y 6 por ciento de los obreros no calificados.⁷ A los empleados de oficina les gusta el deporte (incluido el fútbol) como simples jugadores, pero no como profesionales. Además, el aumento del deporte televisado ha hecho que el deporte profesional llegue hasta las salas de la burguesía, acarreando un incremento de “visibilidad” del fútbol, con los diez millones de telespectadores que vieron los juegos importantes de primera y segunda divisiones en 1989-1990. El hecho de que haya pocos jugadores que no sean trabajadores manuales de origen llama tanto más la atención cuanto que los salarios de los jugadores han aumentado de manera considerable con la eliminación del salario máximo y el control de los contratos, y porque la cobertura mediática y los patrocinios que de ahí se derivan se han vuelto considerables.⁸ Se podría pensar que todas estas condiciones habrían contribuido a hacer del fútbol una salida envidiable para un joven burgués brillante.

La vida universitaria, sin duda, se ha colocado del lado del deporte amateur, haciendo del rugby, el atletismo, el remo y hasta el críquet los deportes dominantes de la burguesía. Un joven oxfordiano puede combinar sin problema deporte y estudios, pero las universidades no han previsto nada para quien deseara jugar profesionalmente. De hecho, es imposible asociar el fútbol profesional y el deseo de llevar a cabo estudios superiores. Así pues, un muchacho entre 14 y 16 años que toma la decisión de convertirse en futbolista profesional corre riesgos. Para aquellos que tienen ambiciones profesionales modestas y cuyos padres hacen un trabajo manual y rutinario, el riesgo es menor, el porvenir más probable para ellos es terminar en el mercado del trabajo no calificado o enfrentar el desempleo tarde o temprano. No ocurre lo mismo para los que tienen expectativas profesionales más importantes, sobre todo cuando éstas tienen que ver con proyectos de estudios más largos. Sin embargo, la Federación de Fútbol y la Asociación para

⁷ M. Hillman y A. Whaley, “Fair Play for All”, estudio sobre el acceso al deporte y a la diversión, *Political and Economic Planning*, octubre de 1977, pp. 7-8.

⁸ S. Wagg, *The Football World*, *op. cit.* Los capítulos 4 y 9 en particular dan una excelente idea del patrocinio y de los medios de comunicación.

el Fútbol tienden a desconocer los efectos del incremento de las posibilidades de acceso a la enseñanza superior.⁹

Pierre Lanfranchi escribió sobre los jóvenes futbolistas yugoslavos que jugaban en Montpellier en los años treinta, al mismo tiempo que terminaban sus estudios.¹⁰ Este ejemplo muestra que la incompatibilidad entre el fútbol profesional y los estudios no está relacionada con las propiedades intrínsecas de dicho deporte, y mucho menos con un rasgo general de la cultura deportiva. En la Federación de Rugby, no es raro encontrar grandes equipos como los del País de Gales de los años setenta, que cuentan con estudiantes de medicina al lado de los habituales mineros o policías. En Inglaterra, la estructura social del deporte quiere que el fútbol y el rugby sean dos mundos bien separados; paradójicamente, a largo plazo, los ingresos y las posibilidades de carreras de los jugadores amateurs de rugby son a menudo mucho mejores que los de los futbolistas profesionales. Esto se debe en parte a que los jugadores de rugby tienden a combinar el deporte con estudios avanzados, y que mantienen una red de relaciones sociales y profesionales más amplia.

ESTRUCTURAS CONSERVADORAS

Para ser justos, es cierto que algunos clubs, así como la Asociación de Futbolistas Profesionales, han tratado de alentar a los futbolistas para que tengan una mejor formación. Además de los programas de formación para los aprendices futbolistas, hay préstamos para los jugadores de tiempo completo que quieren tomar cursos. La Asociación de Futbolistas Profesionales otorgó 750 préstamos el año pasado, según el ministro de Educación, Mickey Burns. Pero estas medidas no logran salvar el infranqueable foso socio-cultural que existe entre los padres —para quienes el éxito escolar y universitario de los hijos es primordial— y los valores que prevalecen en el

⁹ En 1992, no menos de 130 mil jóvenes se inscribieron en la enseñanza superior, la mitad de los cuales eran hombres. Esta cifra debería aumentar en aproximadamente 12 mil estudiantes suplementarios cada año, y se tendrían que poner en marcha planes para recibir a más de una tercera parte de los jóvenes que dejan la escuela.

¹⁰ P. Lanfranchi, "Les footballeurs-étudiants yougoslaves en Langue-doc, 1925-1935 », *Sport Histoire*, núm. 3, 1989.

espacio del fútbol “nacional” inglés. Los padres confirman sus prejuicios por la violencia que acompaña actualmente los partidos. En el espacio de una generación, el fútbol, en efecto, ha perdido mucha respetabilidad, y los padres del medio obrero tratan también de que sus hijos se alejen de un deporte demasiado cercano a la cultura *hooligan*.

No resulta sorprendente que se desarrollen sentimientos tan negativos, la mayoría de las veces en el seno de las familias que invierten mucho dinero en los estudios de sus hijos, y los inscriben en escuelas privadas que, en el pasado, daban gran importancia al deporte. Estas escuelas son las primeras en desalentar a sus alumnos a jugar fútbol (al que llaman soccer), debido a sus ligas con las clases populares. El deporte, al contrario, se pondera mucho, dado que se lo asocia con una cultura más general de eficacia, de mejor gestión de sí y de ascenso social. De hecho, el deporte se valora a condición de que vuelva a los estudiantes más organizados y más eficaces en la lucha para escalar socialmente o, al menos, para mantener su posición social.¹¹ En tales condiciones, resulta evidente que la carrera de futbolista profesional —con todas las incertidumbres que conlleva— y el estatus de trabajador manual que se le asocia socialmente no pueden considerarse como una elección legítima.

En resumen, en la actual Gran Bretaña se ha impuesto con fuerza la idea, en lo que se refiere a un muchacho de la burguesía, y hasta de la muy pequeña burguesía, de que el mantenimiento del estatus social pasa por los estudios. Así pues, el profesionalismo, que exige un compromiso absoluto en el momento preciso en que los alumnos presentan los exámenes conocidos como *O Level* y *A Level*,¹² no está bien visto. De este modo, la vida del futbolista profesional, sea cual sea su remuneración económica temporal, es impensable para una gran proporción de un rango de edad de jóvenes que cuenta, puede al menos pensarse, con algunos futbolistas excepcionales en potencia. El sistema actual hace las veces de un filtro que parece reducir, en vez de aumentar, las reservas de talentos. Con una baja del número absoluto de trabajadores manuales, de 75 por ciento de la población entre 1850 y 1950 a la mitad en 1980 y todavía a

¹¹ A. Ehrenberg, *Le culte de la performance*, París, Calmann-Lévy, 1991.

¹² Son los exámenes que se realizan al final de la educación secundaria y del bachillerato, respectivamente. El *A Level* se exige para entrar a la universidad. (N. del T.)

la baja en la actualidad, la base tradicional de reclutamiento se está agotando.¹³ Y si a esto se añade que los salarios de los trabajadores manuales han aumentado enormemente desde la Segunda Guerra Mundial y que la variedad de deportes que se les ofrece se ha ampliado, el casi monopolio del fútbol por parte de la clase obrera ya no existe. Los verdaderos deportistas surgidos de esta clase tienen ahora un margen de elección mayor que antes en materia de práctica deportiva, y ya no están atados sólo al fútbol. Así pues, el problema no es tanto la falta de jugadores sino un reclutamiento social limitado a la clase obrera, que se aleja de él. ❧

¹³ E. Hopkins, *The Rise and Decline of the English Working Class, 1918-1990*, Londres, Weldenfeld, 1991, p. 251.